

Por qué leer *La venturosa y atrevida entrada en la gran ciudad de Tenochtitlán*

Jesús Eduardo García Castillo

LA DE LEER ES UN ACTIVIDAD sedentaria que parece monótona e intrascendente, pero no lo es. Cuando leemos, parece que no estamos haciendo nada y, en realidad, estamos poniendo en práctica una serie de habilidades tan complejas que, si las tuviéramos en cuenta con más frecuencia, la lectura nos parecería un milagro.

Leer no sólo implica deletrear para entender palabras separadas, sino que nos obliga a articular niveles de comprensión que van de las palabras a las oraciones, de las oraciones a los párrafos y de ahí a las ideas que evocamos con la lectura, a las reflexiones que esas ideas nos dejan, y a las acciones que emprendemos después de reflexionar.

La lectura desarrolla tres tipos de pensamiento: en primer lugar, al trabajar con ideas, desarrollamos el pensamiento abstracto. Mediante este pensamiento podemos imaginar como si las viéramos proyectadas en una pantalla las ideas que se expresan con palabras. Podemos entender conceptos, para luego darlos a entender a los demás. Por eso, quienes leen son mejores comunicadores.

En segundo lugar, la lectura fomenta el pensamiento utópico: el que nos permite imaginar lo que no existe, y, luego, encontrar soluciones a problemas que todavía no se nos presentan. Por eso, quienes leen son mejores profesionales, sin que importe si se dedican a disciplinas humanísticas, científicas o técnicas.

Por último, al leer desarrollamos nuestro pensamiento crítico: éste nos concede la capacidad de dudar de nuestras propias convicciones, de lo que hemos creído siempre. Por eso, quienes leen son, en suma, mejores seres humanos.

Si leer tiene todas estas ventajas, es evidente la importancia de fomentar la lectura desde la edad temprana. Se sabe que los bebés a quienes se les lee desde la cuna tienen al crecer mejor sintaxis y desarrollan en menos tiempo y con mayor facilidad un bagaje de vocabulario mayor que los niños a quienes no se les lee. Con la lectura desde pequeños,

se crea en los niños y jóvenes un hábito que los ayudará a desarrollar los tres tipos de pensamiento de los que he hablado, y que los ayudarán toda la vida a ser cada día mejores comunicadores, mejores profesionales y mejores seres humanos. Si los niños y jóvenes se acostumbran a leer por voluntad propia, la lectura se convierte en una necesidad genuina (no una falsa necesidad creada por el mercado de consumo que vende “tonos reales” para el teléfono celular, por ejemplo). Leer tiene todas las ventajas que se saben popularmente, pero tiene una de la que se habla con poca frecuencia: puede descubrir una vocación. Casi todos los grandes pensadores de la humanidad confiesan haber leído desde pequeños. En nuestro país, y por desgracia mayor, en nuestro continente, saber leer es un privilegio de pocos, y quienes gozamos de él tenemos la responsabilidad de difundirlo.

Por ejemplo, en la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, hay un alto índice de estudiantes de letras interesados en la literatura medieval, de los Siglos de Oro y virreinal. Muchos de esos alumnos descubrieron tardíamente que existía este mundo de textos que los enamoran; algunos los leyeron por primera vez hasta que estaban a media carrera, pero se rindieron al encanto del español antiguo gracias a la pasión con que los profesores como Alma Mejía, Alejandro Higashi y María José Rodilla se dedican a sus cátedras.

El esfuerzo de estos profesores se ve ahora realizado en esta serie de libros dirigidos al público juvenil. Existe el prejuicio de que los libros para niños y jóvenes son fáciles de escribir, pero esto es absolutamente falso. Quienes hemos editado libros para niños sabemos que se trata de un circo de tres pistas: debe mantenerse el interés durante un cierto número de páginas (y no hay nada más fácil de perder que el interés de un chico), debe utilizarse un vocabulario especializado (ni tan técnico o elevado que ahuyente al pequeño lector, ni

tan burdo o coloquial que lo haga sentir estúpido), y debe conocerse bien el gusto del público al que uno se dirige.

Un buen ejemplo de esta dificultad menospreciada es el libro de María José Rodilla León, *La venturosa entrada en la gran ciudad de Tenochtitlán* basada en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. Sólo para dar una idea del esfuerzo enorme que significó esta empresa, puedo decir que la obra de Bernal tiene alrededor de mil páginas de crónicas, descripciones, listas de personas y lugares, historias secundarias, digresiones, memorias, reflexiones, reclamos y puntos de vista, en aparente desorden. Leerla, de por sí, es un esfuerzo, pero captar la esencia de la narración y elegir los momentos más representativos de esa crónica para plasmarlos en media centena de páginas es, por sí misma, una tarea de creación a la que sólo puede dedicarse un especialista que conoce el texto, lo valora y lo entiende en la perspectiva adecuada como para recomendar los mejores extractos.

En este caso, el resultado es un libro breve y ameno, que no asustará a los jóvenes lectores, sino que seguramente los interesará y provocará en ellos el deseo de conocer mejor la obra original. Además, María José Rodilla incluyó en su obra, los rasgos más sobresalientes y memorables que la crítica especializada pondera en la obra de Díaz del Castillo. Están aquí, por ejemplo, el inicio en que el autor se identifica y dice de dónde es originario, y el tópico de la falsa modestia mediante el cual Bernal se disculpa por su estilo poco delicado. A partir de entonces, se inicia la sucesión de acontecimientos, pero, sobre todo, de detalles minuciosos que hacen de la obra de Bernal una fuente constante de consultas y citas.

En *La venturosa y atrevida entrada...* María José Rodilla recoge, por ejemplo, el momento en que Cortés y Marina se conocieron, el encuentro entre Cortés y Moctezuma, la prisión y muerte de este último, la derrota de la Noche Triste y la consumación de la Conquista. Era imposible que faltaran, por ejemplo, la descripción del mercado que maravilló a los españoles por su abundancia y excelente organización, y las relaciones de las muy cruentas batallas entre españoles e indígenas. Sin embargo, este libro recoge otros episodios menos citados popularmente, como la subida de Diego de Ordaz al Popocatepetl cuando éste estaba en plena erupción, la ayuda sobrenatural que el bienaventurado señor Santiago prestó a los españoles para que vencieran a los indígenas, o las señales y pronósticos que Bernal dice haber visto en la naturaleza y que, sin duda, otorgan a la crónica ese matiz maravilloso y legendario que siempre seduce a los lectores de cualquier edad.

El texto adaptado no perdió, por ello, su poesía original. Para demostrarlo, transcribo un fragmento del capítulo “La ciudad destruida”. Dice: “Se prendió a Cuauhtémoc y sus capitanes el 13 de agosto, día del señor san Hipólito, de 1521. Aquella noche llovió, tronó y relampagueó. Y cuando

fue preso, quedamos tan sordos todos los soldados como si estuviéramos encima de un campanario y las campanas cesasen de tañer, porque todos los noventa y tres días que estuvimos sobre la ciudad, daban tantos gritos y silbos y voces para llamar a guerrear y desde los adoratorios tocaban bocinas y tambores y cornetas que de continuo no dejaban de sonar”. Bernal utiliza el símil de la sordera súbita en el campanario para darnos a entender el vacío de silencio que se vivió en la caída de Tenochtitlán una vez que terminó la guerra de noventa y tres días. Esto supone una imagen tan fuerte y tan hermosa, que seguramente hará estremecer al lector. La elección de un fragmento de esta calidad sólo es posible gracias a la sensibilidad de la adaptadora, que sintetiza con maestría los sentimientos que subyacen en el mensaje del cronista.

Por último, y en aras de ese pensamiento abstracto al que me referí al principio de este comentario, María José Rodilla decidió conservar los rasgos principales del estilo de Bernal. Éste es, quizás, el mayor logro de esta obra: adelgazar el cuerpo del texto sin quitarle la sustancia. Al leer esta adaptación, puede reconocerse en ella la voz de Bernal Díaz del Castillo, a pesar de que el texto ha sido preparado para un público juvenil poco acostumbrado al español medieval. Un modo de lograrlo fue la inclusión de un glosario con las palabras que ya no utilizamos en el español actual, pero que seguramente despertarán la curiosidad de los lectores.

Si fueran pocas las cualidades que he enumerado, añado un breve pero sentido comentario sobre el trabajo de Rossana Bohórquez, ilustradora del libro, que traduce en imágenes todos los aciertos del texto escrito a los que me he referido, es decir: brevedad, hermosura y pericia para dar a entender un mundo perdido con un número finito de elementos. La combinación de palabras e imágenes es armónica y sobria, efecto al que contribuyen las ilustraciones en grafito y las magníficas entradas en color. Todos los capítulos tienen viñetas ilustrativas que fluctúan entre la interpretación particular de Rossana Bohórquez y la reproducción, en calidad impecable, de imágenes tomadas de códices e iconografía posterior que han ido acumulándose en los casi cinco siglos que han pasado desde los hechos de los que se ocupa Bernal. Estoy seguro de que el fino trabajo de la Bohórquez será un atractivo fundamental para que los niños y jóvenes disfruten de esta obra, y con ello inicien o incrementen su interés en las obras del periodo medieval y renacentista. Quizá dentro de unos años recibamos en la Universidad un puñado de alumnos cuyas vocaciones hayan comenzado a revelarse después de haber leído esta venturosa y atrevida entrada. •

JESÚS EDUARDO GARCÍA CASTILLO. Profesor-investigador adscrito al Departamento de Filosofía, en la Unidad Iztapalapa de la UAM. Correo electrónico: jesuseduardogarcia@yahoo.com.mx